



# Núria Pradas

## La vida secreta de Sylvia Nolan



DESTINO

La vida  
secreta  
de Sylvia  
Nolan

Núria  
Pradas

Traducción de Manuel Pérez Subirana

Ediciones Destino  
Colección Áncora y Delfín  
Volumen 1589

Título original: *La vida secreta de la Sylvia Nolan*

© Núria Pradas Andreu, 2022

© Columna Edicions, Llibres i Comunicació, S. A. U.

© por la traducción del catalán, Manuel Pérez Subirana, 2022

© Editorial Planeta, S. A., 2022

Ediciones Destino, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

[www.edestino.es](http://www.edestino.es)

La traducción de esta obra ha contado  
con una ayuda del Institut Ramon Llull.

 **institut  
ramon llull**  
**Lengua y cultura catalanas**

Primera edición: noviembre de 2022

ISBN: 978-84-233-6235-6

Depósito legal: B. 18.958-2022

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Liberdúplex, S. L.

*Printed in Spain* - Impreso en España

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

# PRIMERA PARTE

Nueva York

La presencia de su madre era el límite de su  
deriva.

SYLVIA NOLAN,  
*Entre tinieblas*

# La muerte de una escritora

—No te vistas de negro, Idalia.

Sylvia miró a su hija con una leve sonrisa. Con esfuerzo, le acarició el pelo.

—El negro no te sienta nada bien, créeme.

Madre e hija suspiraron al mismo tiempo.

—Sí que quiero flores. Y música. Ya sabes qué flores y qué música, ¿verdad? —La mujer cerró los ojos—. Pero no te vistas de negro.

Unos días después, Idalia enterraba a su madre vestida de blanco. Sylvia Nolan había muerto una plomiza tarde de enero. En las calles de Nueva York, los copos de nieve brillaban fugazmente y desaparecían antes de llegar al suelo. La ciudad se difuminaba bajo un lecho de nubes blanquecinas. Se desvanecía silenciosa en un último homenaje a quien había descrito cada uno de sus rincones. Todos sus secretos.

Erguida ante la tumba donde cuatro años antes había recibido sepultura su padre, aferrando con la mano el ramo de coloridas gerberas que enseguida lanzaría sobre el ataúd que descendía lentamente al encuentro de la tierra con un chirrido de cuerdas secas, un pensamiento fugaz cruzó por la cabeza de Idalia.

—Te equivocas, mamá. El negro sí que me sienta bien. Por supuesto que me sienta bien.

# Nueva York

## Enero de 1964

El día iniciaba su lento declive y teñía la gélida blancura de Central Park con dedos violetas. El parque reposaba como un gigante acurrucado entre las brumas de un tedio estático. Solo la soledad vagaba ahora entre los árboles umbríos y las aguas heladas.

En el gran salón con vistas a Central Park del apartamento de los Nolan no penetraba ni una pizca del frío invernal. Los sofás, las tapicerías y las cortinas se habían dispuesto para aportar calidez a las frías sombras. El fuego crepitaba en la chimenea. Todo estaba en su sitio, como a Sylvia le gustaba. Y, sin embargo, cuando entró allí, Idalia se estremeció al sentir que una gran mano de hielo la envolvía en un abrazo. Hizo un esfuerzo por atravesar la puerta y mantener a raya la nostalgia.

Avanzó con paso tembloroso, seguida de cerca por los dos hombres. Se quitó el abrigo y liberó su cortísimo pelo castaño de la gorra que lo ocultaba. Se sentó en el gran sofá blanco, que, flanqueado por dos butacas, creaba un espacio íntimo y acogedor junto a la chimenea. Cruzó los brazos bajo el pecho como si buscara refugio en sí misma. En la pared de detrás, presidiendo la estancia, la fotografía que le había hecho a su madre dos años atrás palpitaba llena de vida. Enredada

en el blanco y negro absoluto del retrato, la piel de Sylvia brillaba como el ébano, revelando sus orígenes mestizos. Sus ojos enormes y negros se mostraban desafiantes ante la vida, que todavía no se había vuelto en su contra. Sus brillantes cabellos color azabache, recogidos en un apretado moño, dejaban al descubierto la dulce curva de sus hombros, modulada por el escote del vestido. Aquel vestido blanco que convertía a Sylvia Nolan en una diosa, en una mujer eternamente bella y seductora, rebosante de vida a sus cincuenta años. Nada hacía prever que un futuro nebuloso, que se acercaba de forma inevitable, la acechaba de cerca. Ese futuro astillado que acabaría llevándosela.

Idalia se consumía entre recuerdos mientras sentía que aquellos ojos negros de la fotografía se le clavaban en la nuca, ávidos y llenos de vida. ¡Cómo temía que el calor de aquella mirada huyese de su memoria!

Su madre había dejado tras de sí un legado de belleza. En todos los sentidos. Quienes la habían conocido y quienes la habían leído recordarían siempre la plenitud de su cuerpo y el brillo de su alma. Idalia se lamentaba a menudo de no haber heredado ninguno de aquellos dones. Ella era pequeñita, delgada; un poco frágil. Con el pelo a lo *garçon* y los vestidos cortos que había puesto de moda Mary Quant desde Londres, parecía una adolescente. También debía reconocer que no poseía la fortaleza de carácter de Sylvia. No era una luchadora como ella, porque nunca había tenido que luchar por nada. La vida la había mimado, le había dado de todo a manos llenas. Y también le había arrebatado muy pronto lo que más quería: a sus padres.

El dolor de aquellas pérdidas la había cambiado por dentro. Le había hecho tomar conciencia de la fra-

gilidad de las cosas; tenía muy claro que nada es permanente. Que a veces la vida es maravillosa y nos agasaja con sus regalos. Cuando eso ocurre, parece que el tiempo pase muy deprisa. Pero todo se puede resquebrajar de un día para otro, y un soplo de aire que se cuele por la ventana es capaz de arrebatarnos la realidad en la que vivimos instalados. Y entonces la existencia se vuelve inesperada y se llena de ausencias que parecen agujeros negros. Repleta de incertezas. De silencios. Y los silencios hacen brotar los miedos más recónditos y terribles. Y entonces solo nos queda esperar lo peor.

—¿Estás bien, Idalia? ¿Quieres tomar algo?

El flujo de negros pensamientos que nublaba la mente de la muchacha se interrumpió de golpe. Alzó los ojos y se encontró con la mirada de Edmon, que, de pie frente a la chimenea, la observaba preocupado.

—Llamaré al servicio —añadió Andrew Davis, el abogado de la familia—. No sé ni cómo te tienes en pie. No has comido nada sólido desde que...

Andrew Davis no terminó la frase. No pudo. Se notaba la voz pastosa y arrastraba las frases, como si algo en su interior se hubiera quebrado. Tenía un nudo en la garganta desde que Sylvia se había ido. ¿Cómo era posible que ya no estuviera? Ella era la vida. La energía. La belleza. La había adorado en silencio desde el momento en que la conoció. Y ya no estaba.

No estaba.

Pensó que la vida es como un suspiro impaciente que no respeta nada.

Levantó la cabeza y descubrió la mirada negra de Idalia. ¡Cómo le recordaban esos ojos a los de su adorada Sylvia! Le había prometido, en su lecho de muer-



te, que cuidaría de la chica. Que permanecería a su lado. Esa era ahora su misión en la vida.

Por un momento pareció que iba a añadir algo a aquella frase que había muerto antes de llegar a nacer, pero no lo hizo. Se rascó una oreja y se subió las gafas, que se le deslizaban por la nariz. Finalmente, arrastrando las palabras, dijo:

—Tienes que comer algo, Idalia.

Ella entornó los ojos y tomó aire ansiosamente por la boca. Tuvo la impresión de que se despeñaba por un barranco muy oscuro. Sin final. Se vio obligada a hacer un esfuerzo para no gritar, para calmarse. Conseguió responder:

—No, no quiero nada.

Se aclaró la voz y, para no parecer arisca, añadió:

—Estoy bien, de verdad.

Un manto de silencio se extendió sobre la sala. Era tan espeso que casi podía oírse cómo caía la nieve que cubría Central Park.

—Si no necesitas nada más, me voy —empezó a despedirse Davis—. Te llamaré mañana.

Se dirigió hacia la puerta de la estancia. Antes de llegar, se volvió. Respiró hondo, con el cansancio de quien ha vivido mucho antes de ese gris atardecer.

—Intenta descansar. Hace muchos días que no lo haces.

Cuando Davis se hubo marchado, Idalia se deshizo de aquel abrazo que mantenía consigo misma y se enderezó en el sofá. Se quedó quieta, lánguida, con las manos en el regazo como dos pájaros muertos, poseída por una impasibilidad propia de una estatua de mármol.

Edmon desvió la mirada de las hipnóticas ascuas naranjas de la chimenea, que brillaban bajo unas tenues espirales de humo. Se acomodó en el sofá junto a la joven. Le acarició los cabellos, el rostro, mientras ella seguía rindiendo cuentas a sus demonios. Los minutos pasaban y ninguno de los dos decía nada. Él se sentía cómodo sumergido en aquel silencio, que le parecía que era fruto de la confianza y la comprensión mutua. Idalia daba la impresión de estar ausente. Pero de pronto levantó la cabeza y fijó sus ojos en el chico. Solo vio una silueta borrosa, como si en lugar de estar allí, a su lado, Edmon estuviese detrás de un cristal empañado.

—Ed, por favor, déjame sola.

Antes de pronunciar esas palabras, le había mantenido la mirada y había tragado saliva con fuerza intentando esbozar una sonrisa de dientes apretados que no era una sonrisa. Él, al escucharlas, levantó la cabeza como un polluelo asustado y se hundió un poco más en su asiento, con las piernas separadas y la mirada perpleja de quien acaba de recibir un golpe inesperado. Se pasó los dedos por los cabellos, desde las raíces hasta las puntas. Desconcertado, en un primer momento él también intentó sonreír, pero, al no conseguirlo, quiso forzar una mirada comprensiva. Finalmente, abrió la boca para decir algo:

—Yo...

No encontró ninguna otra palabra.

Idalia se tapó los ojos con las manos y presionó con fuerza, como si quisiera desaparecer de este mundo. Su voz sonó con más dureza que antes. Impaciente.

—Es lo que necesito, Ed. Lo que quiero. Entiéndelo, te lo suplico.

Y, entonces sí, una sonrisa triste adornó sus palabras.

Sola.

Por fin sola.

Era lo que había deseado desde que se había puesto en pie aquella mañana. ¡Hacía tanto de eso!

Qué día tan largo.

Y oscuro.

¡Y qué frío!

La soledad es fría, pensó mientras, sentada aún en el sofá, contemplaba la danza juguetona de las llamas, que poco a poco se desvanecían para convertirse en brasas. Como su vida, que también parecía desintegrarse como si fuese un puñado de arena escapándose de una mano cerrada.

El silencio de la sala, ahora tan evidente, parecía crecer y extenderse. Acabó envolviéndola por completo, y ella sintió que se estaba escindiendo en dos dentro de aquel espacio que, sin Sylvia, se agrietaba como un huevo. Antes de ceder definitivamente ante la añoranza, decidió pensar en su decisión de retomar el trabajo, que había interrumpido para cuidar a su madre. A lo largo de aquellos dos largos y amargos meses que había pasado viendo cómo Sylvia se apagaba, casi no se había movido de su lado. Pero ahora debía volver al trabajo, a su estudio de fotógrafa. A su vida.

Las palabras que su madre le había dicho cuando perdió a su padre regresaron a su cabeza, incisivas en su sencillez, dolorosamente ciertas:

—Para poder continuar hemos de aceptar las cosas que la vida pone en nuestro camino. Ahora tenemos que mirar adelante.

Ahora tengo que mirar adelante...

*Ahora...* Se entretuvo paladeando aquella palabra un buen rato. Era tan sencilla que la estuvo deshacien-

do en la boca hasta dejarla reducida a polvo. Hasta que la hizo desaparecer.

Se levantó del sofá. Se fue a servir un whisky. Se lo bebió de un trago y volvió a llenar el vaso. En el piano descansaba la partitura de la *Gnossienne núm. 1* de Satie. Recordaba haberla tocado a cuatro manos con su madre una noche lluviosa en la que el otoño se consumía anticipando el inminente invierno. A través del gran ventanal del apartamento de Central Park, los caminos del día empezaban a borrarse mientras Sylvia se difuminaba también en medio de una triste melancolía movida por los hilos de la lluvia.

Idalia colocó las manos sobre las teclas del piano y empezó a tocar. El piano adivinó su miedo y cada una de las teclas percibió el temblor de sus dedos. Pero, al cabo de unos segundos, las notas comenzaron a fluir con libertad y ella aspiró un aliento de bienestar que no sentía desde hacía tiempo. Un bienestar difuso. Inconcreto. Tan solo la leve sensación de que para seguir adelante debía asumir la crudeza de aquella pérdida en toda su dimensión. Tenía que aceptar que a partir de aquel momento echaría de menos a Sylvia Nolan, su madre, con rabia, como si le faltase el aire.

Para siempre.